

Los comunes y lo comunitario. Discusiones a partir de un Banco del Tiempo en Chile*

The Commons and the Community. Discussions based on a Time Bank in Chile

[Artículos de investigación]

Alejandro Marambio-Tapia**
Estefanía Basoalto Garabito***

Recibido: 23 de agosto del 2022
Aceptado: 16 de febrero del 2023

Citar como:

Marambio-Tapia, A. y Basoalto, E. (2023). Los comunes y lo comunitario. Discusiones a partir de un Banco del Tiempo en Chile. *Campos en Ciencias Sociales*, 11(1). <https://doi.org/10.15332/25006681.7925>



Resumen

Las experiencias de las economías de los comunes se han diversificado constantemente en las últimas décadas: agricultura, cooperativas, agua, pesca, viñas. También se han considerado como iniciativas que funcionan como alternativas a las formas dominantes de organización económica. Una de las características principales de los comunes es que operan —ya sea desde sus principios o en la práctica— buscando una cierta autonomía del Estado y del mercado. ¿Hasta qué punto esto es posible? Pretendemos responder desde el caso de los bancos de tiempo, un tipo de común más reciente y menos abordado como tal. Al responder pretendemos 1) explicar las racionalidades económicas relacionales de los bancos de tiempo y 2) reflexionar sobre la forma como los comunes lidian con la esfera estatal y el mercado, y existen a pesar de ellos, desde lo comunitario —más allá de una localización territorial— y lo económico, ambos entendidos desde lo relacional. Para ilustrar este punto y ponerlo en el contexto del sur global, tomaremos el caso del Banco del Tiempo

* Este artículo agradece a los proyectos de investigación Fondecyt 11200893, Fondecyt 1190020, y Coes (Centro de Estudios del Conflicto y la Cohesión Social) Anid/Fondap/15130009

** Universidad Católica del Maule. Correo electrónico: amarambi@uc.cl; ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8598-8817>

*** Universidad Católica del Maule. Correo electrónico: basoaltoestefania@gmail.com; ORCID: <https://orcid.org/0009-0007-1081-4103>

de la ciudad de Talca, Maule, Chile, pero que ha logrado establecer relaciones operativas con otros bancos de tiempo, en particular, desde el contexto de la crisis sociosanitaria.

Palabras clave: banco de tiempo, comunes, comunitario, trabajo relacional, consumo.

Abstract

Experiences of commons economies have diversified steadily in recent decades: agriculture, cooperatives, water, fishing, vineyards. They have also been seen as initiatives that function as alternatives to the dominant forms of economic organisation. One of the main characteristics of the commons is that they operate - whether in principle or in practice - seeking autonomy from the state and the market. To what extent is this possible? We intend to answer this departing from the case of time banks, a more recent type of commons and less addressed as such. In answering, we intend to 1) explain the relational economic rationalities of time banks and 2) reflect on how commons deal with the state and the market and exist in spite of them. This happens in the community - beyond a territorial location - and the economy, both understood in a relational way. To illustrate this point and to place it in the context of the Global South, we will take the case of the Time Bank in the city of Talca, Maule, Chile, which has managed to establish operational relationships with other time banks, particularly in the context of the socio-health crisis.

Keywords: time bank, commons, community, relational work, consumption.

Introducción

Las experiencias que funcionan bajo el entendimiento de los comunes se han diversificado en el último tiempo: cooperativas de producción y consumo, comités de agua potable, gestiones del territorio (Fonseca et ál., 2021), dan cuenta de experiencias que de una u otra forma actúan bajo principios compartidos de organización y gestión de alguna cuestión que es considerada esencial por un grupo de personas, que deciden formar un colectivo para poder proteger, preservar y, a veces, incrementar y capitalizar dicha cuestión, que entra al ámbito de los *bienes comunes*.

En mucho de estos casos, las organizaciones están relacionadas con entendimientos afines con “otras economías” (Razetto, 1999; Gibson-Graham, 2008; Coraggio, 2011), es decir, formas de entender la economía no como una esfera autónoma, descontextualizado de los territorios, desincrustado de la sociedad y de la cultura, y desvinculado de las familias y sus redes. Por el

contrario, estas comprensiones de la economía dan origen a formas económicas que se fundan en racionalidades más colectivas y solidarias, aunque no de manera pura ni ideal. En la mayoría de los casos, se trata de experiencias que se generan por y para la esfera comunitaria, una que ya no abarca las proximidades territoriales ni los vínculos tradicionales, sino que es un espacio que busca cierta autonomía del mercado y del Estado por medio de la proposición de estilos de vida y formas de consumir distintos y de la reproducción de la vida en tiempos y lugares donde el capitalismo en sus formas actuales no da abasto. Son comunidades que funcionan sobre redes latentes y extensas (Mance, 2001), y que se apoyan en distintas “militancias” para dar vida a proyectos que colectivizan intercambios y consumos individuales para *comunalizar* las experiencias cotidianas. Además, se fundan en los principios de la economía y trabajo relacionales (Zelizer, 2012; Bandelj, 2012). Nuestra hipótesis es que los bancos de tiempo, precisamente, permiten entender a los comunes de estas perspectivas comunitarias, en sentido vincular, porque se asumen como protectoras no solo de una instancia que permite estos intercambios y consumos alternativos —tiempo en vez de dinero/bienes/servicios—, sino que además colabora al crecimiento de la comunidad misma, sus vínculos y la protección y cohesión que produce. Esto se logra con las racionalidades propias que promueve el banco de tiempo — simetrías, reconocimientos, necesidades, cooperación—, pero también por y para la creación de vínculos —en común— más allá de proximidades geográficas y/o de parentesco.

A partir del estudio de un caso en Talca, ciudad intermedia cabecera de una zona agroindustrial del centro sur de Chile, pero cuya experiencia se ramifica incipientemente a otras ciudades, se propone entender a los bancos de tiempo como un tipo de común que tiene un fuerte componente comunitario, que no significa una vinculación por proximidad geográfica, sino que más bien una constitución de vinculación por afinidades, ante la constatación del retiro del Estado y los fallos del mercado. Apostamos por contribuir a llenar ciertos espacios en la literatura sobre bancos de tiempo, desde sociedades de consumo precarias, valorándolos desde una perspectiva comunitaria, antes que proyectos “cerrados” para así conectarlos con perspectivas de consumo crítico y experiencias sociales transformadoras.

Uno de los aspectos distintivos del caso aquí presentado es que emerge desde lo local en una ciudad de tamaño intermedio, aunque, sin embargo, logra construirse y potenciarse desde los entramados comunitarios para luego imbricarse en redes que trascienden lo local. Además, es una experiencia que produce comunalidad y

lo hace manteniéndose al margen del mercado, desde su propuesta de valor, pero también al margen del Estado, respecto a su institucionalidad. En concreto, es una experiencia que no ha estrechado relaciones con las estructuras políticas locales y/o regionales, como suele suceder en casos del norte global, donde, por ejemplo, los municipios alojan y fomentan los bancos de tiempo (Sanz, 2020).

El artículo está compuesto por una primera sección donde discutimos distintas acepciones conceptuales de lo común, lo comunitario, sus posibles vinculaciones con la economía relacional, y donde también ofrecemos ciertas definiciones operacionales de un banco de tiempo. Luego, explicamos la metodología del artículo para a continuación presentar los resultados que caracterizan esta experiencia de banco de tiempo, incluyendo sus funcionalidades, racionalidades y sentidos, sus potenciales transformadores y de escalabilidad, y sus perspectivas de vínculo comunitario. Para finalizar, discutimos nuestra propuesta de entendimiento del banco de tiempo como un espacio de economía y trabajos relacionales donde la cultivación de lo *común* es un espacio facilitador de relaciones comunitarias, intercambios y consumo crítico, no exento de tensiones y amenazas desde el mercado y sus propios contenidos críticos e idealizantes.

Marco conceptual

Para empezar, presentamos una definición operacional de banco de tiempo (BdT), entendido como una iniciativa comunitaria que intenta poner en valor el principio de que el tiempo de vida de cada persona vale lo mismo, donde todos y todas son activas y tienen algo que aportar independiente a una valoración mercantil, redefiniendo las lógicas del trabajo medidas en productividad y revalorizando relaciones de reciprocidad por medio del fortaleciendo de redes de cooperación y confianza (Seyfang, 2002; Barraza-González 2017; Sanz, 2020; Torns, 2001; Climent y Lardiés, 2019). Son instancias no ajenas al mercado y que constituyen una entidad especial que aquí propondremos como un tipo de común particular. En ellos, cada persona ofrece un servicio medido en horas y obtendrá cambio de manera diferida otro servicio. Finalmente, lo que se intercambia es el tiempo, y cada una de las personas deben realizar ajustes respecto a su propio trabajo o servicio ofrecido (Bandelj, 2020), en virtud de las relaciones de reciprocidad en las que se fundan los bancos de tiempo. Profundizaremos, en dichos funcionamientos a la luz de los resultados.

La promoción de la igualdad y la búsqueda de construir economías comunitarias y solidarias (Razeto, 1999; Santana Echegaray, 2011) por medio de intercambios

inclusivos de tiempo y talentos fueron la principal motivación tras la fundación de un sistema de bancos de tiempo en Estados Unidos (Cahn, 2015) en los años de 1980, aun cuando ya existían precedentes de dinámicas similares que recuperan relaciones ancestrales no mediadas por el dinero, relevando así al valor de tiempo en el trabajo desde un enfoque de cooperación, corresponsabilidad, economía solidaria y el aumento de relaciones comunitarias basadas en la reciprocidad (Coraggio, 2011), pero sobre todo desde el principio de que el tiempo de cada persona vale lo mismo, permitiendo dinamizar una economía local por fuera de los parámetros convencionales de transacciones monetarias. Desde entonces la iniciativa de bancos de tiempo comienza a crecer exponencialmente en distintas partes del mundo, funcionando con gran éxito hace más de treinta años en Estados Unidos y Europa.

El entendimiento de los comunes viene primero de la escuela fundada por Ostrom (2010) en las últimas décadas del siglo XX. Desde esta perspectiva, se privilegia la capacidad de autogestión y autorregulación que se genera por y para el capital social, y que fortalece las organizaciones comunes y su eficiencia. Una segunda línea es la del común como un proyecto político que forja alternativas al neoliberalismo o al capitalismo en general (Caffentzis and Federici, 2014; De Angelis, 2017; Bianchi, 2018). Desde este segundo ángulo, se destaca la capacidad de los comunes de ir a contramano de las racionalidades mercantilizadoras que son propias de las distintas versiones del capitalismo, tal como se describe a partir de la tríada dinero-tierra-trabajo descrita por Polanyi (2017). A continuación, vincularemos ambos entendimientos, poniendo énfasis en el segundo y como esto nos permite ampliar el entendimiento de los comunes desde lo meramente formal-organizacional hacia las prácticas y racionalidades que subyacen en distintas iniciativas, con una perspectiva más politizada. De esta forma, trataremos de vincular lo común con lo comunitario.

Usualmente, se discute la capacidad de los llamados *comunes* de efectivamente cortar lazos con las racionalidades capitalistas o marginalistas, por un lado, y si al desarrollar cierta eficiencia en este corte, el común como proyecto tiene la capacidad de “escalar” con su respectivo potencial transformador. Se ha planteado (Letelier et ál., 2019; Cid-Aguayo et ál., 2020, 2021) cierta pertinencia del uso de los conceptos de Polanyi para explicar el funcionamiento, primero, y luego el potencial transformador de los comunes. En rigor, los comunes pueden ser vistos como una fuerza polanyiana que se contrapone a las fuerzas del mercado autorregulado (Holemans, 2021). El concepto polanyiano de doble movimiento permite entender a los comunes como una fuerza que pretende antagonizar con el

mercado desregulado y empotrar la economía “nuevamente” bajo estructuras sociales (Holeman, 2021), ya no desde el estado de bienestar, sino que, desde las experiencias en comunidad, con iniciativas económicas que funcionan bajo racionalidades basadas en relaciones sociales y que buscan proteger socioambientalmente al planeta del mercado autorregulado.

¿De qué forma se oponen los comunes al mercado autorregulado? Por medio de racionalidades distintas que fundamentan los comunes y que, en ciertos tipos particulares de comunes, les permite instituir otros tipos de mercado, de manera situada, como alternativas a los mercados autorregulados. Las racionalidades de los comunes son más bien de reciprocidad, funcionando de manera conjunta y/o amenazada por las racionalidades propias de mercado autorregulados. En definitiva, la perspectiva polanyiana de los comunes permite detallar de qué manera concreta los comunes pueden efectivamente diferenciarse de los proyectos capitalistas dominantes, mediante el despliegue de racionalidades que permiten de manera situada la institución de otros mercados sobre la base de racionalidades de reciprocidad, necesidad, y perspectivas de justicia social. Son espacios donde prevalece el valor de uso por el valor de cambio, donde se valorizan transacciones no monetarias (Graber, 2001) y donde se revaloriza el tiempo de grupos excluidos de las “remuneraciones” del mercado laboral formal e informal.

Ostrom (1990) logra explicar que, efectivamente, los comunes son experiencias que se sitúan por fuera del mercado y del Estado. Lo hace con el objetivo de abordar eficientemente problemas sociales, por medio de la capacidad de autogestión de las organizaciones. Por tanto, enfatiza por sobre todo la gobernanza colectiva de bienes considerados colectivos. Sin embargo, esta visión ha sido superada en parte por una visión mucho más politizada que consiste en considerar a los comunes como un conjunto de prácticas —más que una organización— no marketizadas, que se orientan a satisfacer ciertas necesidades. En este caso, los comunes no pasan por fuera del mercado ni del Estado, sino que ocurren a pesar de ellos y se constituyen de manera antagónica (Caffentzis y Federici, 2014), ya que incluso el mercado está en una constante dinámica de cooptación de sus principios que tensiona sus funcionamientos.

En este enfoque más político, se releva también el potencial de los comunes como prácticas, y el rol que podría caberles para potenciar formas de vida supra —o que ocurren a pesar de— mercado y del Estado. En suma, una forma de activismo que puede escalar social y políticamente, y constituirse en algo más que una mera provisión de bienes y servicios. Estas iniciativas no solo funcionan de manera crítica al capitalismo, sino que funcionan dentro de este, a pesar de este y junto

con este. A su vez, esta perspectiva política sería un tanto distinta a los comunes —en tanto organizaciones— portan ciertos principios de comunalidad, pero que, sin embargo, se orientan a penetrar mercados o a establecer relaciones de cooptación con los entes reguladores del Estado. Lo último no es algo poco usual (Caffentzis y Federici, 2014).

A su vez, Forno (2019) detecta que hay una conexión entre las protestas contra el neoliberalismo y la nueva ola de iniciativas/prácticas de comunes. Muchas de estas iniciativas de protesta conminan a las personas a actuar en los frentes de la producción y del consumo crítico (Yates, 2010), en tanto consumo con una clara orientación política y ética. En definitiva, buscan establecer alternativas que fortalezcan en los vínculos sociales, usualmente bajo racionalidades de solidaridad, reciprocidad y confianza. Esto también incluye un reposicionamiento de lo local y de lo comunitario. Precisamente, ante el retiro del Estado de muchos aspectos de la vida cotidiana de las personas, lo comunitario ha recuperado cierto protagonismo, no tan solo en términos concretos, sino que también desde perspectivas analíticas (Lash, 1997). Es una comunidad ya no caracterizada por la tradición, sino que por el contrario en la pluralidad de identidades que conviven y que se expresan por medio de las nuevas formas de hacer política, de los estilos de vida y del consumo (Edwards, 2009). A su vez, se trata de espacios comunitarios que se movilizan y organizan, entrando y saliendo del mercado, tratando de tener cierta autonomía tanto del mercado como del Estado. Esta forma de comunidad es más bien de redes y organiza relaciones sociales de cooperación y distribución, orientadas a la reproducción material y simbólica de la vida (Gutiérrez, 2020). Esto incluye la familia directa e indirecta, pero también militancias, organizaciones e iniciativas —como un banco de tiempo. Si bien se constituyen en espacios conectados física y virtualmente, no se dan por la mera contingencia de la proximidad, sino que requieren cierta adscripción voluntaria y múltiple (De Marinis, 2005).

Desde esta perspectiva, lo comunitario se vincula con lo común, al entenderlos no solo como sistemas de gobernanza para bienes sacionaturales, dispersos en un territorio, y que típicamente evocan episodios de despojo (Harvey, 2004) o de tragedia (Ostrom, 2008), sino que más bien a tipos de comunes que apuntan a gestionar la vida económica en los márgenes del capitalismo, movilizandoy sea capitales socioecológicos o relaciones y vínculos. Estos comunes existen en la interracionalidad de saberes y se basan en reciprocidad y confianza. Son distintos a organizaciones jerárquicas y burocratizadas. Tienen una autonomía en su creación, es decir, usualmente surgen desde las economías de base relacional.

Tienen un modelo de gobernanza autónomo del mercado y del Estado, lo que no significa que sean completamente libres de la influencia de estos. Por ejemplo, como veremos en este artículo, en un extremo se pueden ubicar quienes participan comunalmente en un banco de tiempo de manera complementaria a su participación en los mercados laborales formales y en otro extremo, quienes intentan adherir a una lógica del 70/30 (70 fuera del sistema-30 en el sistema). Entre estos dos extremos, se sitúa una multiplicidad de casos que permite ilustrar la relación tensionada del común con las fuerzas del mercado.

Metodología

Este artículo se basa en un proyecto de investigación sobre diversas experiencias y organizaciones que caen en la idea de los comunes. Se trata en particular de un estudio de caso sobre el banco de tiempo de la ciudad de Talca, una ciudad intermedia (250 000 habitantes), capital de la Región del Maule, en el centro sur de Chile, con un perfil más bien agroindustrial. Por las características de esta iniciativa, el estudio de caso ha resultado ser la metodología más apropiada para abordar complejamente este fenómeno.

El estudio de caso, en tanto análisis situado, resulta vital para estudiar organizaciones y entidades desplegadas territorialmente. Para realizarlo se indagan las acciones de individuos y grupos en un contexto situado para representar morfologías de una estructura social, que en su gran mayoría se puede leer por medio de conflictos, relaciones y vínculos. Un caso en sí mismo se compone de distintas etapas de procesos y formas sociales sostenidas por relaciones sociales, culturales, económicas y políticas entre personas y grupos concretos. Así, no son solo las percepciones de los individuos las que dan forma al caso, sino que también son sus relaciones, prácticas y formas organizacionales, las que de todas maneras se vinculan con los contextos sociales y territoriales. De esta forma, el caso permite cierta profundidad en la indagación, lo que para el estudio de un banco de tiempo resulta fundamental, puesto que precisamente permite tratar a la iniciativa como un “caso”, pero no la agota ahí, sino que sirve como referencia para incorporar las prácticas (Evens y Hendelman, 2007), significados y materialidades (Reckwitz, 2002) que individuos, grupos y sus vínculos van generando. Se entiende que este caso es suficiente en sí mismo, pero que no se agota ahí, sino que forma parte de una “situación social” en conjunto con otros casos (Evens y Hendelman, 2007). Pensamos que el BdT de Talca comparte esta situación con otros BdT del contexto chileno, con los que tiene vinculaciones de distintas intensidades. Evidentemente, este caso tiene

condiciones particulares, incluyendo un nivel de desarrollo tal que permita dar cuenta de sus procesos de forma más o menos completa.

En concreto, el estudio de caso incluyó análisis documental del Banco de Tiempo de Talca, sus plataformas vinculadas, asistencia a reuniones de coordinación del Banco de Tiempo de Talca, con otros bancos de tiempo y reuniones internas del equipo de gestión del banco de tiempo, asistencia a actividades de difusión del banco de tiempo y una serie de doce entrevistas con el equipo gestor, con participantes-cuentacorrentistas y con actores relacionados (por ejemplo, potenciales gestores y potenciales coordinadores de nuevos bancos de tiempo en ciudades similares).

El Banco de Tiempo de Talca

¿Cómo funciona un banco de tiempo?

En Chile, los BdT se han instalado motivados por responder a diversas necesidades que van desde el fortalecimiento de la vida de barrio, el acceso a bienes y servicios en contextos de crisis y la coordinación de actores buscando soluciones ante vacíos en tiempos de replanteamiento de un sistema. Actualmente, los BdT funcionan articulados en una red nacional convocada por la iniciativa “Economía R-Evolucionaria”, pero con presencia y autonomía en la gestión local de las sucursales desplegadas en los territorios, contando con gestores y gestoras voluntarias que se encargan de administrar sus plataformas de información y atención a personas interesadas en conocer la iniciativa, difusión de eventos, participación en conversatorios que promuevan las propuestas de los BdT y, sobre todo, realizar las entrevistas de ingreso (Economía Revolucionaria, 2020).

Este último espacio es un hito relevante, puesto que si bien los BdT no rechazan solicitudes o impiden el ingreso de cuentacorrentistas —participantes—, sí transparentan en la reunión inicial las condiciones de ingreso, interacción y protocolos, en general. De esta forma, entregan orientación y recomendaciones para realizar sus transacciones, entendiendo que hay valores fundamentales que sostienen el funcionamiento de un BdT (véase el siguiente apartado).

La organización del BdT de Talca en principio es abierta: cualquier persona puede participar en la medida que pueda ofrecer algo y, a la vez, sepa reconocer sus necesidades personales para así poder pedir algo a cambio, lo cual puede resultar problemático (Gregory, 2009), puesto que este proceso no se da de manera espontánea. Se realizan entrevistas a quienes desean formar parte del BdT, en las

que se busca identificar los servicios o bienes que podrían entregarse para obtener horas y, al mismo tiempo, aquellos que se requerirían canjeando las horas acumuladas. Como se explica: “acá no, tú no tocas plata; no hay plata de por medio en el banco de tiempo. Solamente, las horas que tú entregas al mundo y que te permite recibir también” (entrevista 4, gestor/a). Una integrante menciona que el motivo por el cual decidió unirse al BdT fue pensar que “a lo mejor sirvo para algo [...], en realidad, lo vi como una oportunidad de hacer algo por los demás, pero también para experimentar algo nuevo y conocer esto” (entrevista 1, participante). Sin embargo, pareciera que la oferta de bienes o servicios resulta más fácil que la demanda para los y las participantes.

La membresía en este BdT parte cuando los participantes crean sus cuentas de ahorro depositando la oferta de al menos tres servicios que ponen a disposición de la comunidad del mismo banco. Dichas propuestas pueden estar relacionadas con profesiones, disciplinas, oficios, conocimientos, habilidades, etc. En definitiva, todo aquello que pueda compartirse con otros, invitando a las personas a replantearse ¿qué saben?, ¿qué les gusta?, ¿qué pueden ofrecer que alguien más necesite? A su vez se les invita a pedir algo que ellos requieran. A partir de entonces se pueden comenzar a realizar transacciones de servicios “pagadas” en tiempo y es ahí donde se inicia el trabajo relacional (Bandelj, 2020)

Por ejemplo, los servicios típicos que ofrece un banco de tiempo: un corte de pelo, ir a hacer las compras, acompañamiento, de repente un médico. Todas esas cosas. Porque uno dice ‘ah, mira: yo sé hacer pan, soy psicóloga, sé tejer y ofrezco cuidado de niños’. Por ejemplo, tengo un médico que solo ofrece servicios médicos, pero hay otra gente que se alarga mucho; como que se inspiran. Hacen de todo. Hay conversación con abuelos, acompañamiento, lectura de cuentos para niños a través de Zoom, o asistencia psicológica para los funcionarios de la salud, apoyo emocional también para las personas que están en cuarentena; han ido surgiendo muchas cosas. Terapias alternativas también, clases de idioma de todos los que te puedas imaginar: hay clases de árabe, francés, inglés... (Entrevista 5, gestor/a).

En las primeras experiencias, los intercambios se registraban mediante talonarios de cheques de tiempo con los cuales era posible contabilizar las horas ganadas e invertidas, y actualizadas manualmente en una base de datos a cargo de la gestora del banco. Hoy se han adquirido licencias de sistemas informáticos que permiten gestionar las transacciones de forma inmediata por medio de páginas web y aplicaciones móviles. Tal es el caso del desarrollo de una nueva plataforma, moderna e interconectada llamada Redecom (Red de Economías Comunitarias),

que permite geolocalizar las ofertas a lo largo de todo el país, permitiendo intercambios interregionales de tiempo, bienes y servicios, además, de brindar opciones de análisis nacional, pero con la oportunidad de mantener en reserva determinados datos si así lo estimase conveniente alguna unidad. Dicha plataforma es de acceso libre y gratuito para los participantes de los bancos, y su licencia ha sido adquirida mediante fondos donados por las/os gestoras/es, y miembros de la red.

En términos prácticos, los intercambios se gestionan directamente entre el demandante y el oferente, quienes se contactan mediante los medios que cada uno ha dejado disponible y acuerdan los términos de su transacción. Una vez brindado el servicio requerido —ya sea una asesoría especializada, una consulta médica, una reparación doméstica, una clase, una conversación, etc.— se retribuyen las horas de tiempo invertidas en dicho servicio.

Porque ahí preguntaron si alguien podría hacer una asesoría de tal tema, me “etiquetaron” y ahí yo dije que podía y que no había ningún problema. (Entrevista 2, gestor/a)

El año pasado yo realicé tres talleres, bastante bien me fue y aparte de eso, también tuve intercambio de hora; porque tuve un problema e intercambié horas con una abogada, para solucionar un problema que tenía. (Entrevista 7, participante)

De la misma forma, la nueva plataforma interconectada a través de Redecom permite que si la transacción lo requiere y los actos involucrados lo necesitan, se puedan realizar intercambios de tiempo por bienes e incluso gestionar el trabajo y retribución de las ganancias de tiempo en forma colectiva, o la también llamada “mediería”, una forma de coordinación particular.

La mediería es por ejemplo cuando se van a medias con algo (que ya ha pasado). Por ejemplo, un tipo tenía un pedacito de terreno, y dice – Necesito a alguien que sepa plantar papas – entonces va la persona, planta, y en la cosecha se van a medias. Hay otro servicio que es de alguien que pone la cocina, y otra persona hace las tortas; entonces la ganancia es a medias también. (Entrevista 4, gestor/a)

Significado y sentido del banco de tiempo

El BdT de Talca es una práctica y una iniciativa. Se reconoce y problematiza que el dinero no es el único medio para realizar transacciones y que los bancos de tiempo son una expresión de una economía alternativa basada en principios de

igualdad, no discriminación y justicia social que invita a decidir cómo usar el tiempo por medio de una comunidad de personas que se articulan para sostener la vida. Por su parte, los miembros de la plataforma “Economía R-Evolucionaria”, quienes se podrían considerar participantes avanzados de los BdT, ven en esta articulación un reconocimiento de prácticas históricamente invisibilizadas que han dado sostenibilidad a la vida en tiempos de crisis y solventan vacíos que los modelos económicos convencionales no han podido resolver. Cambiando el foco desde el valor de cambio absoluto hacia el valor de uso de los tiempos, los conocimientos y las habilidades, se pretende alcanzar la base del 70/30 esperando que las necesidades del ser humano puedan ser cubiertas en un 70 % por medio de intercambios no monetarios y solo un 30 % mediante dinero tradicional. Se busca derribar la hegemonía de lo convencional, no el sistema por completo, ampliando las posibilidades y los medios por los cuáles alcanzar un desarrollo integral de las personas y sus comunidades. El cambio de la valorización y “precios” se constituye como una práctica que permite cierta resistencia (Laborda y Dziencielsky, 2020) a aquello.

Es desde esta construcción alternativa que el BdT y sus vínculos no han querido encasillar su organización bajo una figura legal, y en su lugar potencian la autonomía de sus decisiones y su actuar frente a la institucionalización y sus relaciones con otras entidades. Intentan avanzar hacia una desmonetización de la mente y democratización de la vida desde una mirada de horizontalidad. Esta característica, que luego resultará crucial para la constitución y el funcionamiento del BdT como un *común*, puede resultar problemática para los individuos, que como hemos señalado se posicionan en una línea continua entre quienes participan comunalmente en un banco de tiempo de manera complementaria a su participación en los mercados laborales formales y quienes intentan adherir a una lógica del 70/30.

... notamos que hay resistencia en la gente, y sobre todo en las instituciones cuando dicen —ya, pero bajo quién o qué están funcionando—, decir “No, somos un grupo de personas haciendo esto” [...] Pero creemos que el sentido del banco es precisamente alejarse de toda esa estructura institucional, y trabajar desde las alternativas cien por ciento; no caer en los mismos funcionamientos tradicionales. (Entrevista 4, gestor/a)

Escalabilidad de la iniciativa

En Chile, las primeras experiencias de banco de tiempo estuvieron bajo la coordinación de la Corporación Cívica, que, desde el 2005, comienzan a establecer contacto con las principales instituciones del mundo relacionadas a la

iniciativa fundada por Cahn; como el *Time Dollar* de Estados Unidos, el *Time Bank* de Inglaterra y la *Asociación Familia y Salud* de Barcelona (Cahn, 2015). Se comienzan a instalar las primeras sucursales de banco de tiempo en colaboración con organizaciones preexistentes, tales como juntas de vecinos, clubes deportivos, organismos no gubernamentales, entre otros. Las experiencias vigentes de BdT se iniciaron con dos experiencias en la Región Metropolitana, una tercera en la Región de Valparaíso y, en el 2015, se consolidó el BdT de Talca.

Se ha desplegado un trabajo desde los territorios impulsado por diversas motivaciones, necesidades, contingencias y la búsqueda de concretar mecanismos de participación e incidencia en diversas áreas, tales como: la inserción de adultos mayores, la vinculación intergeneracional, la incorporación de un medio de pago alternativo y la necesidad de pensar la economía desde la convergencia entre las dinámicas de la banca como medio de interacción, la educación sobre las diversidades económicas y la participación activa de la población. Lo que distingue a la experiencia chilena es que ha buscado transferir la coordinación a las comunidades, sin el monitoreo o control por parte de organismos públicos, como municipios, algo muy común, por ejemplo, en España (Climent y Lardiés, 2019; Sanz, 2002).

En pleno 2020, en contexto de confinamiento y crisis sociosanitaria, “Economía R-Evolucionaria” (Economía Revolucionaria, 2020), en comunicación con la Asociación para el Desarrollo de Bancos de Tiempos de España, comienza a tejer un sistema interconectado de iniciativas de banco de tiempo en Chile, proyectando un trabajo colaborativo y vinculante entre personas y colectividades que estuviesen activas o que en algún momento hubieren manifestado interés en implementar un banco de tiempo en diversas comunidades. Así, comprendiendo que hasta ahora las unidades de trabajo funcionaban desde una lógica cerrada, es decir, propia de los miembros de asociaciones locales, se proponen revitalizar las iniciativas y crear una coordinación nacional por medio de la red de bancos de tiempo de Chile.

Esta red de trabajo ha permitido mantener una comunicación sistemática mediante una virtualidad propia de las medidas de confinamiento, pero que, sin embargo, ha difuminado fronteras, fortaleciendo y ampliando considerablemente la cantidad de gestores, bancos de tiempo y cuentacorrentistas a lo largo del país, pasando de tres bancos activos a doce en pocos meses. Así, también, se ha logrado fortalecer las plataformas de intercambio, modernizando los mecanismos de transacción y ampliando la posibilidad de intercambiar tiempo por productos y servicios interregionalmente.

Antes de las medidas de distanciamiento y aforos reducidos, las estrategias de acercamiento de la iniciativa a la comunidad se caracterizaban por la presencia en espacios públicos, ferias transitadas y entrega de información mediante redes sociales. Con las nuevas dinámicas de relacionamiento, la interconexión con organizaciones como “Economía R-Evolucionaria” y la consolidación de la red de bancos de tiempo, se ha desplegado un significativo trabajo comunicacional, posicionando actividades impulsadas por los bancos de tiempo en medios digitales e instancias de reflexión y generación de estrategias a nivel iberoamericano

Entonces ahora, hemos estado replanteándonos; de hecho, hemos tenido dos conversatorios a nivel Iberoamericano, para ver cómo podemos fortalecer el banco desde la virtualidad. (Entrevista 3, gestor/a)

La presencia de BdT y dinámicas de intercambio no monetario han ido indiscutiblemente en aumento, pero es un trabajo en permanente construcción y generador de nuevas dinámicas, propuestas y proyecciones. Las/os gestoras/es desplegadas en las distintas regiones del país buscan encauzar permanentemente estrategias a corto, mediano y largo plazo que permitan responder a las particularidades de los territorios y las necesidades de sus habitantes desde acciones mediante las cuales puedan conservar sus autonomías locales sin perder la coordinación con redes más amplias.

Dentro de las principales propuestas y líneas de acción proyectadas destacan: *talleres abiertos* que permitan una libre circulación del conocimiento ofrecido por las y los miembros de los bancos, utilizando las herramientas disponibles por las redes sociales como repositorio mediante el cual es posible ampliar el alcance y acceso a la información; *líneas focalizadas de funcionamiento*, orientando esfuerzos a grupos etarios específicos como niños y adultos mayores, que han sido sujetos demandantes de servicios en contextos de pandemia, apoyo psicológico, apoyo para la disminución de brechas digitales, reforzamiento educativo, etc.; *colaboración activa con organizaciones locales*, tales como universidades, ONG, fundaciones, medios de comunicación, etc.; *retribuir el trabajo voluntario* en proyectos humanitarios y de gestión social con horas de banco de tiempo; *proyectar eventos presenciales*, como ferias de intercambio periódicas en las comunidades que permitan un acercamiento entre participantes y la creación de mecanismo que permita usar las divisas en diversos países donde funcionen bancos de tiempo, ampliando la red de intercambios a niveles internacionales.

Lo común: vínculos y racionalidades comunitarias

Uno de los requisitos fundamentales, no formales, para poder iniciar un BdT es la tenencia de redes en un territorio particular. El BdT se constituye de vínculos, antes que de oferta y demanda de servicios. Como proyecto, un BdT es atractivo desde el punto de vista conceptual, pero no necesariamente para que las personas se adscriban fácilmente. Por ello, quienes han iniciado BdT a lo largo de los territorios explican que lo esencial son los vínculos previos, redes y contactos. Los agentes iniciadores de BdT lo reconocen como “un trabajo previo con la comunidad”. Los BdT suelen entramarse con otras organizaciones de la comunidad, por ejemplo, corporaciones que fomentan el comercio justo y la economía solidaria, o bien en grupos que tienen características más bien de movimientos de consumidores politizados, tales como movimientos de *slow food*, semillas libres, trueques, entre otros (Marambio-Tapia 2020).

Cuando salió esto de las ollas comunes, o las ayudas para algunas familias, o iniciativas más artísticas culturales, como que para eso igual ocupaban el banco de tiempo. (Entrevista 3, gestor/a)

Igual hay que considerar que se empezó a mover mucho la cosa a nivel social, con lo de las ollas comunes. Empezaron a surgir muchas iniciativas que eran mucho más fáciles de participar digamos, no requerían... era como “yo voy a ir un día y voy a dar esto y después, listo, cumplí. (Entrevista 8, gestor/a)

Como hemos visto, lo comunitario, en el sentido de lo relacional y sus vínculos más bien débiles (Granovetter, 1973) y las “militancias” comunitarias son fundamentales para la constitución de los BdT. Una de las principales condiciones de implementación es la realización de este trabajo previo de contacto, redes y vínculos para cimentar bases sólidas para la iniciativa. Si no hay un reconocimiento del territorio y un diseño pensado desde sus particularidades es difícil generar la comunidad, ya que, en la práctica, la comunidad del BdT se superpone a otras comunidades y “militancias” (Marambio-Tapia, 2022). Resulta fundamental la existencia de redes y vinculación comunitaria que comprenda y pueda potenciar la llegada de los y las gestoras, la instalación de la iniciativa y su difusión (Mance, 2001).

Una de las formas más usuales de acercarse al BdT es por el conocimiento directo de algún participante o gestor/a. Otros participantes llegan desde la participación en otras iniciativas que participan del enjambre de experiencias comunitarias (Marambio-Tapia et ál., 2021). A medida que va creciendo en oferta, el BdT realiza eventos de difusión en redes sociales digitales y también en acciones

presenciales, como, por ejemplo, talleres gratuitos de tejido u otras manualidades en plazas y ferias. También se consigue difusión en los medios de comunicación locales. Al igual que en el caso de plataformas de trueque, las redes sociales permiten asentar el concepto de comunidad híbrida virtual-territorial que es la base del funcionamiento de estas iniciativas. Por ejemplo, el BdT de Talca ofreció colaboración para replicar la idea en Chillán, otra ciudad intermedia similar, pero la instalación no es tan simple como la de una tienda por departamentos cuando abre una sucursal en otra ciudad.

Yo no soy de Chillán, entonces no conozco gente acá y me lancé, así como “ah, esta es una muy buena idea y creo que hay que hacerlo, como no lo está haciendo nadie, lo voy a hacer yo”. Y creo que no resultó por eso mismo, porque no tenía redes, no tenía tantos contactos como las personas que estaban en otras partes, y creo que lo más fundamental para que funcione, es hacer un trabajo previo con la comunidad [...] las realidades de todas las ciudades son muy distintas igual, entonces si bien hay un trabajo como en Red, al final lo básico es el trabajo en la comunidad que uno tiene que hacer antes de lanzar el proyecto. (Entrevista 6, gestor/a)

Una vez instalado e iniciado el trabajo, resulta de suma relevancia convocar y establecer una relación de confianza y adquisición de compromiso de todas las partes; sin embargo, aunque existe un interés por parte de las personas en participar de espacios de intercambio, apoyo a la comunidad y potenciación de economías alternativas, los participantes pueden optar por instancias caracterizadas por relaciones de corto plazo sin la necesidad de generar vínculos entre oferentes y demandantes de un bien o servicio, tales como ferias o plataformas de trueque —donde se puede realizar un único intercambio—, voluntariados, ollas comunes, entre otras, donde las transacciones se realizan de acuerdo a las necesidades e intereses de los participantes sin contacto periódico. Por contraparte, en la esencia del BdT está la de constituir un vínculo, ya que a lo menos el intercambio se realiza de manera diferida, es decir, quien presta un servicio no recibe de manera inmediata otro servicio, sino que lo que circula es el tiempo expresado en horas. No es un trueque de servicios ni es un intercambio entre servicios valorizados asimétricamente.

... no todas las personas que están metidas en trueque les interesaría el Banco de Tiempo porque el trueque es muy rápido, es muy instantáneo, es como “yo tengo algo, tú tienes algo, lo cambiamos y listo”. No implica mayor trabajo de como “voy a conocer a esta persona” que es lo que al final también busca el Banco de Tiempo: generar una comunidad que se conozcan y se cohesionen [...]

Empezaron a surgir muchas iniciativas que eran mucho más fáciles de participar digamos, era como “yo voy a ir un día y voy a dar esto y después, listo, cumplí”. Entonces creo que quizás las personas privilegiaron iniciativas que el resultado social, quizás era más inmediato y se sentían bien como “ya, lo hice, bacán” y después podían desentenderse. Porque igual en el Banco de Tiempo tú te inscribes, y quedas registrado y te van a llamar y te van a decir “oye quiero tu servicio”. Entonces es como que quizás eso podría molestarles o hacer que lo tuvieran como con más distancia. (Entrevista 6, gestor/a)

Por ejemplo, nos pasó con esta plataforma Ciclos, que gente ya de distintas ciudades donde están funcionando, y llegó un tipo que cobraba como ocho mil cuatrocientas treinta horas por su servicio; imagínate lo que significa eso, en el tiempo de tu vida que inviertes para juntar esa cantidad de horas en el banco de tiempo [...] Nosotros tenemos que pensar que un usuario de un banco de tiempo no está todo el día ganando horas. (Entrevista 3, gestor/a)

Las racionalidades de los y las cuentacorrentistas pueden tener ciertas diferencias con las del BdT. Si bien se fundan bajo un discurso crítico y transformador de las relaciones de intercambio y consumo, también es posible identificar apreciaciones diversas sobre por qué ser parte de esta colectividad, lo que también puede ser dinámico. La racionalidad del mercado no deja de estar presente ni en el común ni en los individuos, y por ello es que se advierte que no se puede “idealizar” ni la iniciativa en particular ni la idea general de comunidad.

... era una transacción que en realidad las personas lo toman como “me estoy ahorrando equis cantidad de plata” no lo toman como “estoy contribuyendo”, ayudando a la otra persona y esta otra persona me está ayudando a mí, porque somos parte de una comunidad y todos estamos trabajando para que la comunidad esté bien. (Entrevista 10, gestor/a)

Otro desafío que enfrentan los BdT es la falta de dinamismo y participación activa, como ocurre en las comunidades en general. Curiosamente, puede suceder que haya mayor interés en ofertar servicios antes que demandar algo de vuelta. Muchos quieren aportar, pero pocos piden o reconocen necesitar de los servicios disponibles. Este comportamiento no permite generar una continuidad en las horas de tiempo transadas, pudiendo desencadenar en una paralización de las actividades, en una pérdida de reciprocidad y una “oxidación” de las horas acumuladas, que implica horas de usuarios que se mantenían inactivas por largos periodos, dicha inactividad puede comprender diversas causas propias de la vida cotidiana de los cuentacorrentistas o por la racionalidad económica ajena al

reconocimiento de necesidades en sentido solidario y como contrapartida a la “irracionalidad” propia del capitalismo (Hinkelammert y Jiménez, 2009).

Finalmente, aun cuando las iniciativas han logrado revitalizar su funcionamiento en red en contextos de crisis sociosanitaria, también se han acentuado algunas brechas, principalmente de acceso y manejo de medios digitales para convocar, sostener y concretar actividades virtuales, con especial énfasis en territorios de difícil acceso, repercutiendo en las dinámicas de coordinación, entrega y/o recepción de servicios. En esta misma línea, se reconoce una reinención de los servicios ofrecidos, adoptando nuevos medios para llegar a los demandantes en periodos de confinamiento y restricciones de movilidad, restringiendo algunas ofertas donde el ejercicio práctico de este depende de la presencialidad.

Conclusión: lo común y lo comunitario de los bancos de tiempo

Los bancos de tiempo fueron fundados y han proliferado como una comunidad creativa y manifestación concreta de una crítica sobre la acumulación de capital, proponiendo alternativas a una concepción dominante de la economía y la reducción de transacciones mediadas por dinero. Son experiencias que tienden hacia lo colectivo y que en contextos de crisis como la actual han revitalizado lo comunitario como mecanismos de gestión de recursos para el sostenimiento de la vida, compartiendo y disputando espacios con el mercado y el Estado. La pandemia ha provocado una situación de escasez y restricción, lo que reformula el tipo de producción y consumo disponible y eso sin duda ha llevado a potenciar iniciativas cuya racionalidad económica y social se distingue de las estructuras dominantes, como el caso de los BdT.

Son experiencias que crean un sentido de *comunidad* desde donde los agentes fomentan la puesta de recursos comunes, los que son gestionados, cuidados y puestos en circulación por el buen funcionamiento de la práctica. Como hemos analizado, dichos recursos no hacen referencia únicamente a bienes materiales, sino que involucran normas, relaciones, discursos, conocimiento, tecnologías, entre otros. En concreto, por medio de este BdT, se buscan modos de hacer más simétricos, redes de cooperación a diversas escalas entre personas con intereses y necesidades comunes y/o complementarias. Esto ha cimentado una práctica organizativa con base en arreglos de confianza, reciprocidad y horizontalidad entre todos sus miembros, ya que la circulación de los servicios depende tanto del reconocimiento de las necesidades como de la simetría de las condiciones de

transacción. En último término, la plataforma digital desarrollada para efectuar dichas transacciones encarna el común, ya que ha sido diseñada para ser utilizada con los bancos de tiempo y es flexible ante sus requerimientos, posibilitando las formas de gobernanza deseada para los intercambios.

¿Cómo se entiende lo *común*?, ¿es la plataforma que permite los intercambios? Esta propicia y cuida el arreglo normativo que permite que el BdT funcione con sus principios como tal: no como un intercambio de servicios directo, ni como un intercambio de valorizaciones, sino que como una comunidad que distribuye su tiempo —expresado en horas— a partir de principios de simetría y cooperación. Proteger este principio de la “amenaza” de la valorización o monetización es importante, ya que complica el funcionamiento completo del sistema.

Sin embargo, el colectivo en sí mismo, en su bien común, es cultivado y protegido por la comunidad de participantes, aun cuando existan diferencias entre cómo se definen ellos mismos: usuarios, participantes, socios, vecinos, cuentacorrentistas. Es un común que existe en la interrelacionalidad, por lo mismo tiene pretensiones de escalamiento y lo consigue gracias a un funcionamiento en red, y, en parte, por la pandemia. Puede que tenga posibilidad de escalar en mayor nivel y velocidad respecto a otros comunes más territoriales.

Lo común creado por medio de la experiencia de los BdT involucra a una serie de agentes que, a su vez, son los encargados de sostener el proceso continuo de cuidado y ampliación. Al pensar en estos modos de hacer y gestionar corroboramos que las comunidades que las sostienen no son estáticas, sino un proceso dinámico en permanente construcción, buscando el escalamiento. Esto resulta constatable mediante el relato de las entrevistadas al reconstruir las intenciones e investigaciones iniciales para instalar los primeros bancos de tiempo, el despliegue de las unidades locales, la unificación de estas al alero de “Economía R-Evolucionaria” y la consolidación de la red de bancos de tiempo de Chile. Todo esto ha significado avanzar en repensar nuevas formas de relacionamiento desde negociaciones interculturales e interdependientes entre organizaciones y acciones colectivas para la comunalización de bienes, servicios, conocimiento y tecnología. Estas formas que implican asumir una visión de transformación más o menos consciente, asignando contenidos más o menos políticos a las prácticas de consumo e intercambio. La comunidad que se va formando con el operar del BdT construye un proceso comunalizador desde sus dinámicas de funcionamiento, caracterizadas por la búsqueda de alternativas económicas y la coproducción, y elaboración y mantención de redes de relaciones.

La noción de *comodificación*, en concreto, es algo más complejo ponerle un precio a un bien o servicio y supervive más allá de aquello. Por su parte, los mercados no pueden suprimirse ni tampoco están completamente desincrustados de la sociedad. La racionalidad de oferta-demanda, costo-beneficio son tan reales, como los procesos de “contraataque” que las personas y comunidades pueden llevar para organizar modos de vida basados en prácticas de consumo crítico y en racionalidades de reciprocidad, solidaridad y confianza. Entonces, los comunes no son ni pragmáticos-apolíticos ni anticapitalistas ultraconflictivos. Son híbridos que construyen alternativas concretas de economías diferentes. Coexisten de diversas formas con los mercados, sin que esto necesariamente implique una cooptación. Finalmente, estos contramovimientos surgen como una respuesta ante los fallos del mercado y las ausencias del Estado. Surgen ante la consolidación de la desconfianza en el mercado puro como asignador de recursos y la capacidad del Estado tanto para regular al mercado, como para proveer bienestar. Esto se agudiza en tiempos de crisis.

La distinción de los tipos de comunes —organizaciones, fuerza/capital social, prácticas— es puramente analítica. Los comunes se desarrollan en sociedades eminentemente capitalistas y que operan bajo racionalidades de mercado. Por ejemplo, el Estado puede mantener una impronta burocrática, pero contiene y funciona con distintos niveles de *marketización*, es decir, de penetración de racionalidades de mercado, por medio de la tecnocracia y otros dispositivos de orden neoliberal, usualmente prescritos por organismos internacionales. Por otra parte, quienes participan y se involucran en los comunes, también son portadores de otras racionalidades que cultural y normativamente pueden llevarlos a diferir de la “pureza” de los comunes. Cuánto de “común” tiene una determinada experiencia de comunes, entonces, es una medida que debe actualizarse para cada caso en particular y dependerá de las dinámicas internas de participación de los miembros, los vínculos que establecen interna y externamente los resultados que producen y los valores que intentan encarnar y transmitir. Lo esencial es comprender que los comunes están en constante tensión y no son espacios “idealizables”.

Hemos visto que las motivaciones para participar se desplazan desde por continuo que va desde lo individual a proyectos colectivos. Tal como anuncia la literatura, esto produce problemas sobre cómo procesar la racionalidad del banco del tiempo, en tanto intercambio diferido de servicios. Por ejemplo, existe una tendencia a considerarlo un voluntariado, lo que allana el camino para que hagan “regalos”, antes que producir intercambios. Además, se constata el desafío que

surge para valorar y medir los intercambios, que se funda en la problemática fundamental de entender estos intercambios como de “servicios” *versus* a entenderlos como intercambios de “tiempo”, donde cada hora sería equivalente, sin importar qué tipo de servicio se realiza en dicho tiempo. En este último caso, el tiempo sería un dinero no monetario. De todas formas, sostenemos que el BdT es un tipo de mercado no corrosivo con las relaciones comunitarias, que se presenta como una alternativa no individualista de resolver cuestiones de la reproducción material de la vida pero vive tensionado por las subjetividades neoliberales.

Referencias

- Bandelj, N. (2020). Relational work in the economy. *Annual Review of Sociology*, 46, 251-272.
- Barraza González, C. E. (2017). Cooperación, políticas ciudadanas y públicas (bancos de tiempo y moneda social). *Estudios Políticos* (México), (41), 55-79.
- Bianchi, I. (2018) The post-political meaning of the concept of commons: the regulation of the urban commons in bologna. *Space and Polity*, 22(3), 287-306.
- Cahn, E. y Gray, C. (2015). *The time bank solution*. Innovation Review.
- Caffentzis, G. y Federici, S. (2014). Commons against and beyond capitalism. *Community Development Journal*, 49(S1) January, i92-i105.
- Cid Aguayo, B., Saravia, P., Letelier-Araya, E., Sandoval, D., Vanhulst, J. y Carroza, N. (2019). Discursos de diversidad económica en el centro-sur de Chile: Definiciones en disputa en torno a la economía social, solidaria y autogestionaria. *Miríada: Investigación en Ciencias Sociales*, 11(15), 185-207.
- Cid, B., Arias, L., Troncoso, I., Mella, M., Abarca, F. y Alveal, K. (2021). Cartografiar lo común: trabajo colaborativo e interdisciplinar para la resemantización territorial. *De Prácticas y Discursos*, 10(15).
- Climont, E. A. y Lardiés, R. (2019). Los “bancos de tiempo” como herramienta para afrontar la desigualdad y la vulnerabilidad social. Una mirada desde Zaragoza. En *Colectivos en desventaja social y habitacional: La geografía de las desigualdades* (pp. 69-84). Editorial Universidad de Granada.
- Coraggio, J. L. (2011). *Economía social y solidaria. El trabajo antes que el capital*. Abya-Yala y Flacso Ecuador.
- De Angelis, M. (2017). Omnia Sunt Communia. En *On the Commons and the Transformation to Postcapitalism*. Zed Book.
- de Marinis, P. (2005). 16 comentarios sobre la(s) sociología de la(s) comunidades(s). *Papeles del Ceic*, núm. 15, marzo, 2005, pp. 1-39. Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea.
- Edwards, G. (2009). Habermas and social movement theory. *Sociology Compass*, 3(3), 381-393

- Evens, T. M. S. y Handelman, D. (2007). *The Manchester School: Practice and Ethnographic praxis in Anthropology*. Berghahn.
- Fonseca, M. H., Letelier, E., Marambio-Tapia, A. y Vanhulst, J. (2021). Iniciativas comunitarias transformadoras, nuevas prácticas económicas y de consumo. *Cuadernos de Sociología*, (9), 41-51.
- Forno, F. (2019). Protest, social movements, and spaces for politically oriented consumerist actions-nationally, transnationally, and locally. En M. Boström, M. Micheletti, P. y K. Oosterver (eds.). *The Oxford Handbook of Political Consumerism*. Oxford University Press.
- Gibson-Graham, J. K. (2008). Diverse Economies: Performative Practices for “Other Worlds”. *Progress in Human Geography*, 32(5), 1-20.
- Graeber, D. (2001). *Toward an anthropological theory of value*. Palgrave.
- Granovetter, M. (1973). The Strength of Weak Ties. *American Journal of Sociology*, 78(6) (pp. 1360-1380).
- Gregory, L. (2009). Spending time locally: The benefit of time banks for local economies. *Local Economy*, 24(4), 323-333.
- Gutiérrez, R. (2020). Producir lo común: entramados comunitarios y formas de lo político. *Revisiones*, (10), 3.
- Harvey, D. (2004). *El “nuevo” imperialismo: acumulación por desposesión*. Socialist Register.
- Hinkelammert, F. J. y Jiménez, H. M. (2009). Por una economía orientada hacia la reproducción de la vida. *Íconos: Revista de Ciencias Sociales*, (33), 39-49.
- Holemans, D. (2021). Commons as Polanyian countermovement in neoliberal market society. A case study in Belgium. *Community Development Journal*.
- Laborda, V. y Dziencielsky, V (2020). El valor de la intermediación solidaria. *Revista Idelcoop*, 232, 13-40.
- Lash, S., et ál. (1997). *Modernización reflexiva: política, tradición y estética en el orden social moderno*. Alianza.
- Letelier Ayala, E., Vanhulst, J., Cid Aguayo, B. y González Meyer, R. (2019). Panorama de la economía social en Chile: la brecha entre definiciones formales y sustantivas. *Revesco. Revista de Estudios Cooperativos*, 132, 144-168.
- Mance, E. A. (2001). *La revolución de las redes. La colaboración solidaria como una alternativa pos-capitalista a la globalización actual*. Editora Vozes.
- Marambio-Tapia, A. (2020); “Consumo, trabajo, deuda en Chile: el retail como ecosistema socioeconómico de las sociedades de consumo precarias”, en *Topografías del Consumo*, Dettano A., ed, Estudios Sociológicos Editora, Buenos Aires.
- Marambio-Tapia, A et al (2021); “La paradoja del virus: realidades en crisis, emergencia y consolidación de prácticas económicas alternativas”, en *Lo comunitario. Alternativas en*

tiempos de crisis, Eds. Tapia, V. Letelier, F; Cubillos, J.; Michelletti, S. Ediciones UCM, Talca

- Marambio-Tapia, A. (2022). ¿De qué hablamos cuando hablamos de consumo crítico? Perspectivas sociales del concepto de consumo en el s. XXI. Documento de Trabajo No. 03. Proyecto Fondecyt 11200893. Santiago de Chile.
- Ostrom, E. (2008). Tragedy of the commons. En *The New Palgrave Dictionary of Economics*, 2.
- Ostrom, E. (2010). Beyond markets and states: polycentric governance of complex economic systems. *The American Economic Review*, 100(3), 641-672.
- Polanyi, K. (2017). *La gran transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. FCE.
- Razeto, L. (1999). La economía solidaria, concepto, realidad y proyecto. *Persona y Sociedad*, 13(2).
- Reckwitz, A. (2002). Toward a Theory of Social Practices. A development in culturalist theorizing. *European Journal of Social Theory*, 5(2), 243-263.
- Santana Echeagaray, M. E. (2011). Recrear el dinero en una economía solidaria. *Polis, Revista Latinoamericana*, 29.
- Sanz, G. (2002). Las asociaciones de banco de tiempo: entre la reciprocidad y el mercado. *Éndoxa*, 1(15), 153-163.
- Seyfang, G. (2002). Time on our side: Time banks and active citizenship. *New Economy*, 9(4), 242-247.
- Torns, T. (2001). ¿Para qué un banco de tiempo? *Mientras tanto*, (82), 117-125.
- Zelizer, V. A. (2012). How I became a relational economic sociologist and what does that mean? *Politics & Society*, 40(2), 145-174.